

Ludo de Baux

El Proyecto Prisciliano

Ludo de Baux

El Proyecto Prisciliano



grado cero [a] narrativa

grado cero [ã] narrativa

© Ludo de Baux, 2006

© Grand Guignol, s. L., 2006

Ilustración de cubierta: Jesús Sanz

Diseño de colección y maqueta: Elena Costa Krämer

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

 Grand Guignol
Ediciones

Gavilanes, 1 – 28035 Madrid
e-mail: grandguignol@telefonica.net
www.grandguignolediciones.com

Depósito legal:

ISBN: 84-934428-2-8

Impreso en España

A Patricia, Marina y Laura, tarde.

Homines id quod volunt credunt

Julio Cesar

ACTA DE LAS CONCLUSIONES DEL
“I CONGRESO INTERNACIONAL
DE ESTUDIOS PRISCILIANOS”

Por el Prof. Dr. D. Desidio Outeiriño,
Catedrático de Historia Medieval y Vicerrector de
Extensión Universitaria de la Universidad de A Coruña.
Presidente del Congreso.

• • •

«Dicen de su preceptor Delphidius, maestro de retórica en la universidad de Burdeos —y al que las malas lenguas hacían emparentar con una saga de druidas— que se consideraba heredero y defensor del primer cristianismo; de la pura doctrina de Cristo sin las prostituidas *aportaciones* de Pedro, Pablo y los autotitulados Padres de la Iglesia. Y que tal doctrina fue la que legó al joven Prisciliano cuando, en las afueras de la villa bordelesa, ambos fundaron una suerte de comunidad en la que lo ascético primaba sobre las pompas de la liturgia romana. En ese conventículo dedicado a la meditación y a la iniciación en los arcanos de los más antiguos saberes, se vivía en una feliz conjunción sincrética del saber gnóstico y la tradición druídica; mezcla aderezada también con la doctrina cristiana y razonada experiencia de venerables como Martín de Tours, san Ambrosio o san Jerónimo.

»Expulsado de la ortodoxa universidad de Burdeos por motivos más que obvios y con la cabeza y el corazón llenos del vehemente deseo de proporcionar a la Iglesia la pureza del prístino mensaje de Jesús, Prisciliano, nacido en Iria Flavia-Padrón mediado el siglo IV —se dice que vio la luz en el año del Señor de 349 aunque otros autores apuntan que la fecha es el 340— regresa a Galicia. Su voluntad de reformar la Iglesia *in fide et in moribus; in capite et in membris* (en la fe y en las costumbres, en la cabeza y en los miembros), inicialmente se estrellará contra el muro del rechazo de los poderosos y la incompreensión de la mayoría. Sin embargo su elocuente inteligencia y lo hábil e ingenioso de su discurso pronto le ayudarán a seducir a un buen número de fieles —reclutados incluso entre el clero galaico mismo— y a reinstaurar la antigua pureza de la primera Iglesia.

»En el año 379, consigue ser ordenado sacerdote con el apoyo del episcopado de su provincia eclesiástica, incluidos extremeños, portugueses y castellano-leoneses, y apenas tres años después, cuando dicen que cuenta con la simbólica y carismática edad de 33 años, obtiene el obispado de Avila, perteneciente a la circunscripción episcopal gallega. En su *Cronicon. Pars Secunda*, Próspero de Aquitania ya se refiere a Prisciliano titulándolo "*Episcopus ex Gallaetia*". Es el año 382 y los "nuevos aires viejos" que están impregnando la diócesis de Prisciliano y su área de influencia en constante aumento, comienzan a ser considerados como un grave peligro para quienes detentan el poder en la Iglesia oficial, cada vez menos amiga de experimentos renovadores y reformistas. Máxime cuando lo que se pretende es un regreso a las fuentes originales y prístinas del primer cristianismo, que en nada se parece a lo que se predica en Toledo o se vive en Roma. Un impensable salto atrás...

»El culto, elocuente y asceta hasta el vegetarianismo Prisciliano se convierte en el objetivo a batir por parte del clero oficial que, subrepticamente comienza a urdir una oscura trama para acabar con él y con lo que representa. ¡Qué males no va a encarnar ese heredero de Arrio! Un obispo que dice que el alma de los hombres y los ángeles son de la misma sus-

tancia que Dios, que no plantea distingos entre mujeres y hombres a la hora de hacer nombramientos relacionados con el culto, que predica la abstinencia del alcohol y que no come carne! Dirán de él —y parece ser que es cierto— que junto a los cuatro canónicos, da crédito por igual a los Evangelios Apócrifos en los que la figura de María Magdalena es algo más que una seguidora de Jesús y en absoluto una puta arrepentida. Demasiado para los cánones romanos.

»En el sur de Francia, curiosamente en la misma zona donde siglos después el catarismo defenderá postulados similares a los de Prisciliano, se contempla con envidiosa alarma el auge del clero afín a esas ideas que están contaminando de herejía a la mejor parte de la península Ibérica y con el pretexto de corregir la heterodoxia ascendente, convocan a Prisciliano y a los suyos a un concilio que se celebrará en Burdeos.

»Confiado en que la razón y la fe le asisten —y tal vez sobrevalorando cándidamente su afamada elocuencia— el de Iria Flavia se presenta al examen. Tal es la contundencia y solidez de su argumentación que los padres conciliares, a sabiendas de que no van a poder vencer con planteamientos filosóficos y teológicos a la vehemente y vigorosa tesis global de Prisciliano que, tal y como hicieron en otras ocasiones y harán en el futuro, deciden que, como no *comprenden* el mensaje priscilianista, como no les parece *lógico*, eso quiere decir que es mágico; fruto de un razonamiento hechiceril. Y como ellos en cosa de brujerías no se meten, los sinodales bordeleses remiten el caso al brazo secular que es quien entiende de estos asuntos. La conspiración les ha salido redonda y Prisciliano ha caído en la trampa tan bien urdida por los católicos.

»Con un aliviado suspiro, encogiéndose de brazos, los reverendos conciliares se lavan las manos, mientras los jueces civiles, dóciles como siempre al poder establecido, determinan que, efectivamente, aquello apesta a brujería de la peor y firman la sentencia. En el año del Señor de 385, Prisciliano y sus clérigos Felicísimo y Armenio, en la santa ciudad de Tréveris, son decapitados, siendo Máximo emperador de los romanos. Y correrán su misma suerte los diáconos Latroniano, Asarbo y

Aurelio. También una mujer, Eucrocia, será descabezada. Inmediatamente comienza una salvaje persecución contra sus desconcertados fieles. Cualquier sacerdote que lleve una vida frugal y ascética será sospechoso. Y si es abstemio y vegetariano, reo de muerte inmediata. Quien ose afirmar que hombres y mujeres son iguales a los ojos de Dios perderá la cabeza. Quien diga no gustar de los oropeles, fastos y pompas y que no disfrute llevando capas pluviales bordadas en oro y rica pedrería, sea anatema por la Gloria de Dios Nuestro Señor y reo de la condenación eterna.

»No pasará mucho tiempo para que la saña de la persecución remita. Piensan en Toledo y en Roma que muerto el perro, acabose la rabia, y que eliminados los priscilianistas de sus sedes y sustituidos por clérigos afines en las que fueron sus parroquias clave, el riesgo de la involución a las primitivas creencias ha desaparecido. Sin embargo, el mensaje había calado hondo en el corazón y la cabeza de la mayor parte del clero galaico que opta por obrar como harían mil años después los conversos judaizantes del resto de Hispania: manifestarse públicamente conforme a los usos oficiales, pero mantenerse soterradamente fieles a los principios gnósticos y casi ocultistas de los arcanos propiciados por Prisciliano y los suyos.

»Es en este marco de relativo relajo en la persecución cuando, cuatro años después del martirio de Tréveris, una delegación de relevantes personajes de la vida religiosa gallega se desplaza hasta la ciudad francesa para exhumar los cuerpos de sus santos y traerlos a su casa. Prisciliano y sus compañeros son inhumados con discreta aunque importante pompa en Compostela. Al menos, los cuerpos de Prisciliano, Armenio y Felicísimo son ahí enterrados. El resto, los demás ajusticiados con él, probablemente reciben sepultura en la *cristianizada* ermita de San Mamed, en el pueblo de Os Martores, perteneciente a la parroquia de San Miguel de Valga. Y, pronto, corre la especie de que aquellas reliquias de Compostela poseen notables poderes taumatúrgicos. Entre el pueblo, ignorante de cánones y códigos pero que en su sabiduría ancestral había calado hondamente el sano mensaje ascético de Prisciliano, la noticia se transmite de boca en boca y enseguida son legión los

peregrinos que se acercan a la tumba del mártir a impetrar sus favores. En su relajo inquisitorial, todo parece apuntar que la Iglesia oficial se ha visto desbordada una vez más por los acontecimientos populares y no puede hacer nada para evitar el constante flujo de peregrinos desde todos los rincones de la Hispania a los que llegaron las noticias priscilianistas.

»En la línea de sus feligreses, los obispos de Astorga y Braga también apoyaron abiertamente al neopriscilianismo hasta que en el Concilio de Toledo del año 400, fueron condenados y obligados a abjurar de sus falsas creencias y torpes prácticas blasfemas. La nueva presión, ahora incruenta, obligó a los seguidores del mártir de Iria Flavia a concentrar su actividad pública en la parte más occidental de Galicia. Tal era ahí la fuerza de los priscilianistas que, a mediados del siglo V, llegaron a enviar al exilio al obispo de Caldas de Reis, llamada entonces Celenes, por denunciar públicamente los usos de la vieja tradición. En años siguientes, los católicos insistieron en sus condenas. En los concilios de Braga (años 561 y 572, respectivamente) se volvieron a lanzar anatemas contra las proposiciones de los relapsos y contumaces herejes. Una vez más, en el IV Concilio de Toledo (683) se condenará el atuendo físico de los presbíteros gallegos, calificándose de lacra prisciliana el llevar el cabello largo... Sin embargo, aquellas iniciativas no condujeron a ningún éxito especial de los prorromanos y la devoción hacia Prisciliano continuó hasta llegado el siglo IX sin experimentar avances ni retrocesos de especial relevancia, salvo que la presencia de peregrinos en la tumba del santo mártir iba en progresión geométrica. Algo había que hacer para frenarlos. Si Prisciliano había llegado a convertirse en una leyenda, ¿por qué no sustituirla con otra? La feraz imaginación de las autoridades católicas se puso a funcionar a toda máquina...

»Así, en los albores del 800, se comienza a hacer correr la historia de que un compañero de Cristo, Santiago el Mayor, está empezando a aparecerse por diversos lugares de la Península y que éste mismo apóstol intervino decisivamente en la santificación de estas tierras. Falsedad que se ha demostrado hasta la saciedad a lo largo de todo este congreso. Sin embargo, el bulo crece hasta adoptar dimensiones insospecha-

das, animado por el celo católico. El campo está ya abonado cuando un buen día, un ermitaño gallego, que dicen atiende por Pelagio, cuenta que ha visto luces espeluznantes y ha escuchado voces y cánticos procedentes de lo alto. El fenómeno ha ocurrido en las cercanías de un viejo castro situado en las proximidades de la ruta que va al Monte Sacro. Tiempo le falta al obispo ordinario del lugar para decir que ha tenido una visión y que lo experimentado por el anacoreta Pelagio no es otra cosa que una señal del Cielo indicando a los mortales que ahí está enterrado el Apóstol Santo. Circulará la noticia del cadáver decapitado, de la barca de piedra que embarrancó, etcétera. Y con un tesón a prueba de bombas, los clérigos obedientes a la ortodoxia oficial acabarán por conseguir que, poco a poco, el pueblo se vaya olvidando de Prisciliano y, sobre la que fue su tumba, se comience a venerar la memoria del apóstol, presunto hermano carnal de Jesús.

»En menos de un siglo, con machacona insistencia, los clérigos bien adoctrinados, reiterando por todos los medios, desde el púlpito al pergamino, que es Santiago el que está ahí enterrado, consiguen que el pueblo llano se vaya olvidando de Prisciliano y que quien sostenga lo contrario a sus proposiciones, sea tomado por orate. Anticipándose en más de mil años a Goebbels, hacen cierto el aforismo propagandístico de que «una mentira repetida, acaba convirtiéndose en verdad». Aunque hasta en el siglo XIX, el curioso papa León XIII, pontífique —nunca mejor dicho— que lo de Santiago es verdad, ya desde finales del primer milenio, el mito de la presencia del apóstol en Hispania y de su enterramiento en Compostela es de común aceptación.

»A tal efecto, se falsifica todo lo falsificable. Quienes habían sido capaces de “santificar” dólmenes, bosques sagrados y templos a antiguas deidades telúricas, levantando sobre ellos ermitas, iglesias o basílicas con el sano propósito de llevar a la ortodoxia al pueblo que antaño venerase esos lugares tenidos por benéficos, fabricando santos y santas a destajo y sin medida, ¿cómo no iban a conseguir que aquel maldito Prisciliano dejase de hacer sombra a uno de los más notables compañeros de Jesús? Aparece el Códice Calixtino y, en plena lid con el arro-

llador avance musulmán en Europa, se sacan de la manga lo de Clavijo y el Matamoros, el broche de oro de la enorme manipulación, con el cual el éxito de su operación está definitivamente garantizado...

»Comienza a tejerse la urdimbre del Camino de Santiago, sustituyendo, tramo a tramo, vía a vía, cada una de las viejas rutas que conducían hasta la tumba de Prisciliano, y los peregrinos de todo el mundo acuden en tropel. Solo que, ahora, vienen a dar culto a otro, a otra personalidad. Salvo algunos — siempre pocos— iniciados y sabios, como pueden ser los templarios (que en su afán de dominar los arcanos de la antigua tradición, saben muy bien por qué les conviene apropiarse de los puntos clave del Camino), el resto del ignorante y supersticioso mundo medieval se ha rendido a la gran falacia. Y así hasta nuestros días, en que, generación tras generación, los gallegos hemos tenido que convivir con la idea de que el muerto de Compostela es Santiago y no solo eso, sino que, encima, nos lo hicieron Patrón de las Españas, abrumándonos con *años xacobeos*, indulgencias plenarias y demás parafernalia al uso.

»Señoras y señores congregistas, amigos y compañeros todos:

»Todo lo antedicho no es sino un resumen acelerado —sin los precisos y notables matices que se han determinado en cada una de las ponencias y de las mesas redondas— de lo que se ha analizado a fondo estos días, aquí, en Mondoñedo, en el marco del Primer Congreso Internacional de Estudios Priscilianos.

»En pocas palabras. Ampliando las investigaciones de Duchesne y Chadwick, en total coincidencia con lo apuntado en su día por ese gran investigador que fue don Miguel de Unamuno y una vez analizada a fondo la documentación y bibliografía existente sobre el tema, este congreso determina que el cuerpo enterrado en Compostela es el del mártir Prisciliano y en ningún caso el del apóstol Santiago el Mayor, quien, por otra parte, jamás pisó la península Ibérica. Del alcance de estas conclusiones dará fe la completa monografía que, en breve, se publicará en Ediciones Zamorano y de la que todos ustedes recibirán un ejemplar gratuito.

»Por ello, tras informar a las autoridades eclesiásticas y civiles, este congreso propone y exige que se proceda a restaurar —si procede reinstaurar culto alguno— la veneración al mártir gallego Prisciliano en el mismo lugar donde hoy se celebra al Santiago impuesto. Asimismo, que se otorgue al asesinado en Tréveris el título de Excelso Patrón de Galicia, retirándose todo honor y honra públicas a Santiago —que quedaría reducido a la veneración privada— y que el Vaticano pida perdón expresamente al pueblo gallego por haberle privado de la más egregia figura de su santoral y haberle sometido a una mentira durante diez siglos. Y de modo complementario, se invita a los estudiosos aragoneses que revisen el mito de la Virgen del Pilar, por sus connotaciones eminentemente jacobeanas, luego falsas.

»Sin más que agradecerles su asistencia y su importante labor científica y deseándoles un feliz regreso a sus lugares de origen, declaro clausurado el Primer Congreso Internacional de Estudios Priscilianos. He dicho.»

Madrid, 5 de agosto

En su calidad de ministro de Asuntos Exteriores del país anfitrión de la II Conferencia de Paz de Madrid, Anselmo Pas de Vian no podía menos que estar enormemente satisfecho por cómo se estaban desarrollando los acontecimientos. Apenas había concluido la primera jornada de las sesiones y el ambiente distendido entre ambas delegaciones permitía intuir que de una vez por todas, la idea de una tregua duradera podía prosperar. Tal vez fuese demasiado pronto para echar las campanas al vuelo y considerar que, dado el tono dominante de las intervenciones de los plenipotenciarios invitados durante las primeras horas de los debates, cabía empezar a pensar en un remedo de paz definitiva entre Palestina e Israel. En cualquier caso, el primer día había carecido del tono reivindicativo y polémico que había caracterizado las sesiones de las anteriores

tentativas de llevar a buen fin una definitiva conferencia de paz entre ambos pueblos.

La más exquisita cortesía diplomática, rayana casi en manifiesta cordialidad, había sido la nota distintiva del trato entre los asistentes, haciendo olvidar aquellas anteriores intentonas en las que los entonces comisionados por Arafat y Shamir parecían siempre prestos a lanzar sus dagas a los ojos de su interlocutor. Afortunadamente para todos, ahora soplaban otros vientos y tanto la expansión colonial israelí en los territorios ocupados como la virulenta intifada de los jóvenes palestinos habían remitido últimamente. Hacía tiempo que la operación “Muro de Contención” de Ariel Sharon había finalizado oficialmente y que los blindados, excavadoras y apisonadoras del ejército judío no arrancaban sus motores. A la vez, su silencio había coincidido con el de los más fanáticos representantes de la Yihad islámica, Hamás y Hezbollah, aparentemente centrados en una tregua indefinida. Tal vez, esos tiempos de baja conflictividad en la zona solo fueran los postreros efectos secundarios derivados del precario equilibrio internacional —aunque equilibrio al fin— establecido tras las últimas consecuencias derivadas de la movida de Irak, pensó Anselmo Pas de Vian, aunque en su fuero interno prefiriera creer que de una maldita vez algo de sentido común y verdaderas ganas de coexistir pacíficamente comenzaban a reinar en el siempre conflictivo Oriente Medio. Las condiciones y expectativas eran ahora de todo punto favorables.

—Dame tu opinión, Fernando —dijo escuetamente a su jefe de gabinete apenas el policía de seguridad cerró tras él la pesada puerta del Audi blindado que les conduciría al Palacio de Santa Cruz, sede del Ministerio de Asuntos Exteriores. El blindaje azul casi negro del vehículo ardía por haber estado expuesto más de diez horas bajo el implacable sol de agosto madrileño. En el aparcamiento del Palacio de Congresos y Exposiciones, sede de la conferencia, no había una sola sombra aprovechable.

Fernando Garcisol era poco amigo de extraer conclusiones precipitadas; antes bien en todas las dependencias del ministerio se decía de él que resultaría más fácil realizar un cruce entre

elefante y hormiga que conseguir que el siempre alerta y meticoloso jefe del gabinete del señor ministro aventurase una afirmación rotunda o una definición radical. Sin embargo eran muchos los años combatiendo codo con codo con Anselmo Pas de Vian y compartiendo gozosos momentos de intimidad como para sustraerle una opinión. Su confianza iba más allá de lo estrictamente oficial.

—Si he de ser sincero, estoy sorprendido de lo bien que han comenzado las cosas. Por un momento he llegado a pensar que los comisionados palestinos iban a invitar a los judíos a bailar un vals. Durante el descanso después de la comida, miembros de las dos delegaciones han estado tomando café juntos. ¿Quién lo iba a decir? Hace un par de meses se habrían rebanado el pescuezo mutuamente y ahí los ves, tan amigos hoy. Parece un milagro, ministro.

El titular de la cartera de Exteriores hizo un gesto de asentimiento ante las palabras de su ayudante. Coincidió plenamente con las afirmaciones de Fernando Garcisol.

—Eso me ha parecido a mí también. Confíemos que sigan así las aguas y que nada enturbie lo que parece ser «el principio de una gran amistad» —dijo remedando al Humphrey Bogart de los últimos fotogramas de *Casablanca*. Su ayudante le estaba mirando con una sonrisa beatífica que desbordaba la mera admiración por el cargo.

—Que Dios te oiga, ministro. Se llamé Yaveh o Alá, o como sea, pero que te oiga —suspiró Garcisol, aflojándose el nudo de la corbata. Se agradecía el potente aire acondicionado del vehículo. Afuera, el asfalto debería estar a más de cuarenta grados—. Hasta en el clima han tenido suerte esos tíos. Ninguno añorará el sol de sus malditos desiertos—. Tras una breve pausa, añadió en un desconocido alarde de rotundidad: —Lo cierto es que no llego a comprender cómo llevan tanto tiempo conteniendo por unas tierras baldías en las que no crecen más que cuatro palmeras escuchimizadas, cactus y chumberas y en las que lo único que se mueve son las lagartijas y los alacranes... ¿Te imaginas? Sería horrible ir destinado ahí de embajador. No quiero ni pensarlo.

—Lo que tú quieras, Fernando, pero esa es su tierra y la

aman. Cuesta entenderlo pero es así. A veces deberíamos ser un poco menos occidentales a la hora de analizar estas cosas —terció el ministro quitando con delicadeza una minúscula mota de polvo de la solapa del caro traje beige de verano de su acompañante—. Nosotros fuimos un país árabe durante ochocientos años. Tendríamos que comprenderlos mejor. ¿No crees?

En las reuniones previas —agotadoras todas— del Consejo de Ministros se habían deslindado convenientemente las respectivas áreas de competencia entre Exteriores, Interior, Defensa y Presidencia del Gobierno. Afortunadamente para el equipo de Asuntos Exteriores nada de lo relativo a la seguridad de los asistentes debía preocuparles. Junto a la gente del CNI —que se había estrenado con motivo de la II Cumbre de Jefes de Gobierno y Estado de la Comunidad Europea y países de Iberoamérica/El Caribe, en mayo de 2002—, se sabía que Madrid estaba prácticamente tomada por el personal de la CIA, el Mossad y los servicios secretos palestinos autorizados; unánimemente embarcados en la misma nave: la de conseguir que todo se desarrollase sin la menor laguna en las medidas preventivas adoptadas. Otro 11-M era impensable.

Desde el suelo, a poco que uno forzara un poco la vista, se podían observar las negras siluetas de los tiradores de precisión apostados en las terrazas y áticos de los edificios más altos que circundaban el área del Palacio de Congresos y Exposiciones, así como los hoteles en que se alojaban las delegaciones y las rutas que debían seguir hasta acceder a la sede de las reuniones. En tierra, como si de una legión de sordos, ejecutivos hablando por el manos libres o aficionados al fútbol que estuvieran oyendo un trascendental partido a través de un disimulado transistor, eran centenares los individuos trajeados y con las inevitables gafas oscuras que estaban conectados con las sedes centrales de inteligencia a través de los cables que pendían de sus oídos. A Fernando Garcisol le hacía gracia lo poco que se esforzaban esos especímenes —algunos espléndidamente bien constituidos físicamente— por disimular su actividad profesional. A lo mejor, pensó, eran simples maniqués disfrazados de tal guisa para ejercer un efecto disuasorio ante cualquier terrorista mal intencionado que se aventurase a acercarse

se a los delegados. A saber si esos hombres, en vez de estar recibiendo claves o dando instrucciones, realmente estaban atendiendo a cualquier evento deportivo... En cualquier caso, impresionaba ver aquel ejército de robustos mocetones, en general fornidos como armarios, vestidos de *prêt-à-porter*. Cediendo a un inevitable impulso, el jefe del gabinete de Pas de Vian se preguntó si habría muchos homosexuales entre ellos, aunque se cuidó mucho de que el ministro intuyera el alcance de sus íntimos pensamientos.

La comitiva oficial estaba atravesando el Madrid de los Austrias. Dentro de pocos minutos llegarían a la sede del ministerio en donde un par de horas después iba a tener lugar una de las cenas oficiales previstas con los representantes de ambas delegaciones. El menú —escogido a conciencia por el jefe de protocolo y supervisado por el mismo Anselmo Pas de Vian— sería exquisitamente *neutral*, preparado y cocinado para no herir la sensibilidad gastronómica de los asistentes aquellos, tan especiales en lo que a costumbres alimenticias se refería.

—Sería genial, fantástico, que el último día, antes del acto de Santiago, los plenipotenciarios firmaran el acuerdo —dejó caer el ministro con la vista perdida en la mole del palacio al que se acercaban.

—Ojalá —repuso su ayudante, siempre al quite, a la vez que colocaba delicadamente una mano sobre el muslo de su jefe y mentor—. Que quiere decir “Alá lo quiera” en árabe. Por si no lo sabías, ministro.

Una vez en sus dominios, Fernando Garcisol repasó por enésima vez el plan predeterminado para el resto de las jornadas. Si el primer día se había dedicado a revisar la política de desmilitarización de la zona y de acceso y libre circulación entre los dos territorios, en los siguientes se pensaba dar un importante paso más allá y comenzar a discutir sobre la posibilidad de acometer la cooperación policial y, más tarde, tratar sobre la explotación conjunta de recursos naturales y viabilidad de establecer acuerdos en materia energética y de telecomunicaciones. Si al menos una parte de lo previsto se cumplía, podría empezar a hablarse del principio de una fructífera paz en Oriente Medio, una tregua perpetua. Y para el último día

de las sesiones, su jefe, en un alarde de brillantez difícilmente igualable, había diseñado un emotivo colofón. Propuso que ambas delegaciones en pleno fueran trasladadas por avión —si el tiempo lo permitía y si no, en autobús— a Santiago de Compostela y una vez ahí, a los pies del santo patrón de España, llevar a cabo una jornada ecuménica de reconciliación interconfesional. A finales de enero de 2002, el entonces Papa Juan Pablo II, había asumido una iniciativa de corte similar. Reunió en Asís, a representantes de las religiones dominantes del planeta para compartir una jornada universal de oración por la paz. Desde el inicio de la segunda guerra de Irak, ninguna nueva alternativa en este sentido se había puesto sobre la mesa.

No había costado mucho convencer a las autoridades eclesiásticas de Santiago de la extraordinaria importancia que para el devenir del mundo tenía aquel acto carismático, ese singular evento en el que las tres religiones *del Libro* se unirían en una sola voz implorando la bendición del Altísimo para que la paz fuese duradera, si no eterna. Imanes, rabinos y sacerdotes en perfecta comunión ecuménica bendecirían a los asistentes y rezarían juntos por sus caídos y, sobre todo, por el futuro. Un final apoteósico para un suceso memorable y que marcaría un hito en la historia de la Humanidad. Desde entonces, se hablaría de un antes y un después de la II Conferencia de Paz de Madrid.

Habían sido unas semanas de frenética actividad en todos los ámbitos implicados. Tanto las fuerzas de seguridad del Estado como los servicios de inteligencia de la CNI habían extremado las precauciones y multiplicado sus efectivos para que ninguna sombra de acciones terroristas pudiera entorpecer el normal desarrollo de las sesiones. En cualquier caso, a diferencia de lo que ocurrió en la primera cumbre árabe-israelí de Madrid, en 1991, ni ETA ni el integrismo musulmán parecían hallarse en condiciones de proporcionar un golpe de efecto que les permitiera volver a ocupar las primeras planas de los medios informativos, ni turbar la serenidad exigida para que las conversaciones llegaran al mejor fin. Y todo indicaba que, esta vez, la paz podía alcanzarse. Aunque en Madrid aún

estuviera muy vivo el brutal atentado del 11 de marzo de 2004, nada conducía a pensar que algo similar pudiera producirse.

Fueron días de organización meticulosa y lenta, debiéndose vencer en primer lugar, uno a uno, los obstáculos, trabas y reticencias que periódicamente ponían, como molestas piedras en el camino, los representantes de los sectores más intransigentes y radicales de ambos bandos, los llamados *halcones*. Sin embargo, finalmente se impusieron la cordura y la decidida voluntad negociadora de los moderados y dialogantes y, bajo los auspicios de la ONU y el buen hacer del gobierno español, pudo convocarse de modo oficial la que se pretendía fuera última conferencia para tratar de la paz en Palestina. Y esta vez, con el valor añadido de no contar con la presencia de Arafat ni de Sharon.

Para natural gozo del país anfitrión —y obviamente de su ministro de Asuntos Exteriores— según se podía leer en los documentos de aquiescencia que ambos bloques remitieron a las autoridades de Madrid, el plan del último día, el acto ecuménico en la catedral de Santiago de Compostela, les parecía especialmente atractivo y oportuno por su alto valor simbólico. La estrella de David, la media luna y la cruz unidas en una sola voz... Ambas delegaciones habían aplaudido la feliz iniciativa. Fernando Garcisol recordó que, a modo de broche efectista a la liturgia que tendría lugar en la catedral, cuando se produjera la salida de los plenipotenciarios del templo compostelano, se iba a dar suelta a un millar de palomas blancas en la plaza del Obradoiro; animales que la Asociación Colombófila Gallega ponía gentilmente a la disposición de la organización de tan notorio y singular evento de resonancia mundial.

El tema, objetivamente hablando, pensaba Fernando sentado en su maciza mesa de roble negro del antedespacho del ministro, tenía una enorme entidad nacional e internacional aunque no menor era su importancia para las aspiraciones políticas personales de Anselmo Pas de Vian. Desde principios de la legislatura, el ministro de Asuntos Exteriores ambicionaba ocupar el primer sillón de La Moncloa y sabía que del éxito de la conferencia por él organizada dependía el que su insatis-

fecha ambición alcanzara el fin soñado. Y si ocurrían las cosas como debían ocurrir, apenas su jefe y amigo se instalase en La Moncloa, Fernando Garcisol vería recompensados sus permanentes desvelos con la más que probable sucesión en el despacho del Palacio de Santa Cruz. O tal vez Anselmo prefiriera seguir teniéndole físicamente a su lado y le adjudicara la cartera de Presidencia, que tampoco estaba nada mal. Una bicoca.

En el aparcamiento del ministerio se notaba cierta agitación, señal inequívoca de que los invitados comenzaban a llegar. Afortunadamente, la cena era de trabajo y no de gala. Bastaría con cambiar su conjunto beige por un traje azul marino de lana fresca. Dispuesto a poner un digno final al día, respiró hondo y se encaminó hacia el vestidor cercano, tarareando el estribillo de una canción de finales del siglo pasado. Pese a que no quería deslumbrar a los delegados —que probablemente en su mayor parte asistirían con la misma ropa que llevaron durante todo el día en el Palacio de Congresos y Exposiciones— no pudo resistirse a estrenar una corbata de seda rosa de 120 euros. Era un regalo que Anselmo le hizo el día que celebraron el cuarto aniversario de estar juntos y compar- tir algo más que un despacho. Preciosa.

Madrid, mediados de mayo.

Elías Zamorano echó hacia atrás el opulento sillón de director general y meditó unos instantes con la mirada perdida en el artesonado del techo, mientras dejaba caer el periódico con la noticia de la próxima celebración de una nueva conferencia de paz para Oriente Medio y que, de nuevo, se iba a celebrar en Madrid. ¡Qué maldita manía de los gobiernos españoles de intentar hacer de mediadores continuamente, fuera donde fuese que existiera un conflicto armado! Unos entrometidos y correveidiles; eso era lo que eran los gobernantes de España. Ahí estaba la verdadera amenaza para la supervivencia de sus negocios. En la paz, que no en la guerra. Desde hacía una

semana, los medios informativos, día tras día, no paraban de vomitar las beatíficas propuestas alternativas de paz que el maricón de Pas de Vian había ofrecido a los dos bandos en litigio y, al parecer, con el beneplácito de sus “clientes de toda la vida”. La reunión de las *palomas* palestinas e israelitas tendría lugar durante la primera quincena de agosto, aunque la fecha exacta aun no había sido determinada. Echó una nueva ojeada a los grandes titulares que ocupaban la portada del periódico... Hasta habían aceptado la cursilada de ir todos juntitos, cogidos de la mano árabes y judíos, en común peregrinación a Santiago, a aspirar el pestazo del botafumeiro y darse palmaditas en la espalda en la plaza del Obradoiro. Seguro que, como solía hacer Fraga, el gobierno les soltaría a mil gaiteros complacientes... Ojalá una mano bien intencionada echara cualquier polvo letal, un gas de efectos instantáneos en el enorme incensario y se envenenaran todos esos blandos que, por lo visto, traían ya preparado un acuerdo de paz, listo para la firma.

El editor, derrumbado en su sillón, se pasó una mano sobre los párpados, apretados fuertemente como solía hacer cada vez que quería concentrarse y hallar una pronta solución a un problema grave. Lo del botafumeiro envenenado le parecía una idea simpática pero de muy difícil realización. El objetivo estaba claro: había que conseguir que ese tratado de paz se convirtiera en papel mojado antes de que se firmara o apenas los delegados estamparan en él su firma. ¿Cómo conseguirlo?

Se levantó para acercarse a la ventana de su despacho sito en uno de los pisos más altos de la Torre Picasso del paseo de la Castellana y desde la que los coches no eran sino miniaturas y los viandantes, hormigas. De pronto, una idea comenzó a abrirse paso en su cerebro, el germen de un plan digno de la imaginación del genio que llevaba dentro. Era una propuesta audaz, complicada y peligrosa, pero si conseguía sacarla adelante, el proyecto de paz quedaría en eso: un simple proyecto que jamás se llevaría a buen fin. El problema era encontrar a los brazos ejecutores de algo que debía hacer palidecer a los sucesos del 11-M.

La imagen de unas siglas vino a su mente. Sin dudarle un instante, se dirigió a su ordenador personal y tras comprobar

que estaba conectado a la red, tecleó la palabra “UGRA” en el buscador y apretó la tecla conveniente. Unos segundos más tarde, un puño cerrado, inscrito en una estrella negra de cinco puntas sobre el fondo blanquiazul de la bandera gallega, le saludó revolucionariamente desde la pantalla. Encendió un habano con parsimonia y abrió una libreta de notas a su derecha antes de empezar a extraer la información de aquella interesantísima página de Internet.

Una hora después, tecleó en el buscador de la red “Asociación Colombófila Gallega”. Con una mueca de desprecio en sus gordezuelos labios pensó que hasta los más gilipollas y pirados tenían su página web en Internet. Efectivamente.

Nueva York, finales de mayo.

Aunque muy poca gente lo sabía, Alan Williamson era un especialista en llevar dobles o triples vidas simultáneamente y sin que ninguna de sus diversas personalidades se interfiriera en el decurso de las otras. Sin ir más lejos, por la mañana de un memorable día se había hecho pasar por sacerdote católico y llegó a decir una misa en un convento de monjas irlandesas de Long Island sin que las reverendas se percataran de su impostura. Gustoso se habría quedado a escuchar en confesión los pecados de las novicias, pero el deber le obligaba a deshacerse de la sotana para embutirse en un gastado mono de electricista y proceder a la instalación de unos micrófonos ocultos en el apartamento de un funcionario de la ONU. El portero del edificio había confiado tanto en su apariencia profesional que, tras invitarle a un trago de la botella de *Jack Daniel's* que ocultaba celosamente bajo el panel de control del bloque de viviendas, le propuso que fuera a su propio domicilio particular —un par de manzanas, avenida abajo— para echarle un vistazo a la instalación eléctrica de una cocina que acababa de adquirir, ya que no estaba muy seguro del montaje que le habían

realizado los mismos encargados de la marca y temía que cualquier día aquello echara a arder. Nadie habría dudado que, en ese momento, Alan Williamson era el más profesional y preparado de los electricistas de toda la Gran Manzana... Por la tarde, ya en la rutina de todos los días, vestido con chaqueta de espiguilla con coderas, tejanos, gafas a lo John Lennon y pajarita al cuello sobre camisa de cuadros, volvió a ocupar su lugar en el departamento de Lengua y Literatura Española de la Universidad de Nueva York, en donde ejercía su labor docente desde hacía cinco años en calidad de profesor asociado a la cátedra.

La Agencia —los más viejos aún la llamaban *La Compañía*— le había captado precisamente ahí, en la Universidad. Alentando el común patriotismo exacerbado del fin del milenio, al que se aunaba, en su caso, una visión de América más bien conservadora (y por ende, republicana), los cazatalentos de Langley se acercaron a él durante el segundo año de su brillante carrera en humanidades hispánicas. Entonces el dinero jugó un papel determinante. Alan era partidario de la teoría de que la lengua y la literatura de una nación había que estudiarla sobre el terreno, ya que ambas disciplinas se suponían íntimamente ligadas a los usos y costumbres del país originario. Y eso costaba mucho dinero. Hijo de un modesto patrullero de la policía local devoto de san Patricio y de una auxiliar administrativa en paro, no podía soñar con costearse un periódico viaje a Europa. De ahí que recibiera gozosamente la oferta de sus mentores en la CIA, quienes le propusieron financiarle una estancia anual en el lugar de España que deseara, durante todos los años que durasen los estudios en que se hallaba embarcado. Y aparte del dinero, un visado para poder viajar por todos los países no incluidos ni vetados explícitamente en la cruzada contra el terrorismo internacional. La invitación aquella también venía acompañada de la tácita promesa de obtener un puesto entre el profesorado de la Universidad una vez finalizada la carrera. A cambio, no le pedían nada más que *sensibilidad*... Tener los ojos y oídos bien abiertos y estar siempre presto a comunicar a sus inmediatos superiores cualquier cosa, cualquier comentario, cualquier artículo escrito en el que

se pudiera deducir el menor signo de antiamericanismo en el seno de la comunidad hispana en que se hallara entonces. Y la CIA cumplió.

Después, vinieron los cursillos de informática y electrónica aplicados a afinar más en la labor emprendida y las clases de economía política y de relaciones internacionales a las que estaban obligados la mayor parte de los más escogidos colaboradores de la Agencia como paso previo e insoslayable para acceder a la categoría de agentes. Aquellos cursos, de los que tan grato recuerdo conservaba, tuvieron lugar en la sede central de la Agencia, en Langley, Virginia. Le gustaba aquel edificio, custodiado en su puerta principal por la seria mirada de bronce del patrón de la CIA y espía durante la Guerra de la Independencia de su patria, Nathan Hale. La efigie había sido erigida por Allan Dulles, uno de los más preclaros jefes que jamás tuvo el espionaje norteamericano según el común de las gentes, aunque algunos críticos —sobre todo en la época en que funcionó el comité Church— denostaran su imagen diciendo que sus métodos eran poco ortodoxos.

Muchas veces, Alan meditó sobre la frase evangélica que decoraba el amplio vestíbulo del edificio: *Veritas liberabit vobis...* La verdad os hará libres. A menudo desdeñó los pensamientos inquietos que la frase le provocaba. ¿De qué verdad se estaba hablando? ¿A qué verdad hacía referencia el letrero aquel? También le divertía la liturgia cotidiana de las tarjetas de identificación de plástico, presuntamente indestructibles, sin las cuales no era posible moverse por las áreas autorizadas del lugar. Continuamente había que introducirlas en ranuras *ad hoc* y después teclear el código personal, formado por cuatro dígitos y dos letras, en el teclado del pequeño ordenador que aparecía junto a cada una de las puertas automáticas. Para un hombre procedente del área de las humanidades, aquellos avances tecnológicos no dejaban de sorprenderle. ¿Qué le ocurriría si un día olvidaba su código? Sonriendo, recordó Alan que recibió el primer sueldo “oficial” de la CIA el mismo día en que comenzaron las sesiones de gimnasio para instruirle en artes marciales. De cara a una posible fiscalización oficial, el cheque se le abonó en concepto de “clases particulares”.